



EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA EN EUROPA: KARL KAUTSKY Y ANTONIO GRAMSCI

THE IMPACT OF THE RUSSIAN REVOLUTION IN EUROPE: KARL KAUTSKY AND ANTONIO GRAMSCI

Manuel Quiroga

Centro de Investigaciones y Estudios en Cultura y Sociedad
(Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
y Universidad Nacional de Córdoba)
manuelquirogasoto@gmail.com

Adam Balazs Fabry

Centro de Investigaciones y Estudios en Cultura y Sociedad
(Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
y Universidad Nacional de Córdoba)
abfabry28@gmail.com

Resumen

La Revolución Rusa tuvo un inmediato impacto mundial, tanto por el ejemplo que supuso para procesos revolucionarios o de intensa movilización social desatados en el período subsiguiente en varios países de Europa (Finlandia, Alemania, Austria, Hungría, Italia, etc.) como por los grandes debates que suscitó en el socialismo internacional, ya que fue una de las principales causas del “gran cisma” (en palabras del historiador Carl Schorske) dentro de la II Internacional Socialista entre las organizaciones e individuos que se volcarían hacia la reconstrucción de la socialdemocracia y aquellos que apostarían a la construcción de la Internacional Comunista.

El período inmediatamente posterior a la Revolución Rusa (1917-1920), hasta la consolidación de la Comintern en su II Congreso, fue un momento fluido de debate acerca de la caracterización de la Revolución Rusa y sus consecuencias políticas, teóricas y estratégicas. A través del análisis de las posiciones de Karl Kautsky y Antonio Gramsci —dos intelectuales de gran influencia teórica en el movimiento socialista internacional— pretendemos iluminar algunos aspectos principales del debate que provocó este proceso: el carácter de las fuerzas sociales involucradas, los



objetivos de la revolución, el rol de la democracia y la dictadura en el proceso de transición al socialismo y la aplicabilidad internacional del balance de la Revolución Rusa. El análisis se centra en fuentes primarias de cada autor, situando las posiciones de cada uno en el contexto de su relación con el socialismo de su país y los debates que lo atravesaban.

Abstract

The Russian Revolution had an immediate global impact, both as a model for revolutionary processes or intense social mobilizations in several European countries (e.g. Finland, Germany, Austria, Hungary, Italy) and due to its influence on the great debates in the international socialist movement, which was reconfiguring itself, following the divisions of tendencies in the II International, towards a more permanent division —“a great schism” (in the words of historian Carl Schorske)— between organizations and individuals that would seek to reconstruct Social Democracy and those that would seek to build the Communist International.

The period immediately after the Russian Revolution (1917-20) until the consolidation of the Comintern in its II Congress was a fluid moment of debates about the characterization of the Russian Revolution and its political, theoretical and strategic consequences. Through the analysis of the positions of Karl Kautsky and Antonio Gramsci —two intellectuals with great theoretical influence within the international socialist movement—, we seek to shed light on some of the main questions of the debate on these process: the character of the social forces involved; the objectives of the revolution; the role of democracy and dictatorship in the transition to socialism; and the international applicability of the Russian Revolution. The analysis draws on primary sources from each author, placing each of them in the context of their relationship with the socialist movement of their respective countries and the debates that went on within them.

Palabras clave: Revolución Rusa; Karl Kautsky; Antonio Gramsci; Socialismo; Marxismo.

Keywords: Russian Revolution; Karl Kautsky; Antonio Gramsci; Socialism; Marxism.

Introducción

Las revoluciones rusas de febrero y octubre de 1917 tuvieron un enorme impacto en



Europa, en particular en los medios socialistas. Si la de febrero generó un notable consenso en el conjunto del mundo socialista, por su carácter democrático y antizarista, la de octubre generó un notable debate en el socialismo internacional, que paulatinamente se iría encauzando hacia una ruptura más o menos permanente entre distintas alas del socialismo internacional, donde se dio una primera división tripartita por la adhesión a los distintos agrupamientos internacionales socialistas: La II Internacional, que fue reconstruida después de la guerra; la llamada Internacional “II y media”, que agrupó a un conjunto de organizaciones entre 1921 y 1923 que buscaron una vía centrista, para terminar reunificándose con la II Internacional; y por último, las corrientes que adherirían a la Internacional Comunista, cuyo primer congreso se celebró en 1919. Las organizaciones socialistas del momento tuvieron debates muy difíciles, tironeados entre los diversos sectores en pugna, de acuerdo a su composición interna. La consolidación en dos alas separadas del viejo socialismo internacional, una reformista y otra revolucionaria, fue el desenlace de todo este proceso.

Este final tiene raíces en divisiones anteriores de larga data. Sin embargo, antes de la revolución estas diferencias, si bien habían conducido a escisiones en algunos partidos de la II Internacional, mayoritariamente lograron ser contenidas a partir de la coexistencia de tendencias distintas dentro de partidos socialistas unificados. Fue la Revolución Rusa el hecho que cristalizó una ruptura duradera. En ese sentido, las lecturas que elaboraron distintos intelectuales socialistas fueron instrumentales para reordenar las fracciones del socialismo internacional ante la nueva situación. A su vez, estas lecturas, de un período temprano posterior a la Revolución de Octubre, ofrecen interés porque permiten visualizar cómo este punto de llegada fue el resultado de un largo proceso que no estaba determinado de antemano, sino que respondió a las distintas respuestas y reacciones posibles en torno a los acontecimientos de la Revolución.

En este trabajo, analizamos los escritos sobre la Revolución Rusa de Karl Kautsky y Antonio Gramsci, leídos en el contexto del desarrollo del socialismo dentro de cada uno de sus países. Las principales variables que analizamos en sus trabajos son: la dinámica social que condujo a la revolución, su carácter y objetivos, los debates sobre el rol de la democracia y la dictadura en el proceso de transición al socialismo, y la aplicabilidad internacional del balance extraído de la Revolución Rusa.

Kautsky y la recepción de la Revolución Rusa



1. *La carrera político-intelectual de Kautsky hasta la Primera Guerra Mundial.* La recepción por parte de Kautsky de la Revolución Rusa estuvo ampliamente condicionada por la disputa de tendencias al interior del socialismo alemán y su historia antes de la Revolución Rusa.

Kautsky ha sido considerado generalmente el principal exponente del pensamiento marxista dentro de la socialdemocracia alemana. En los primeros años de existencia del partido, tuvo un rol importante en la controversia revisionista, donde libró una lucha fuerte contra Eduard Bernstein, fundador del revisionismo, que había impugnado elementos centrales del pensamiento marxista como el método dialéctico y la teoría marxista de las crisis, para defender una política de reformas graduales y de coalición con ciertos partidos burgueses. En este contexto, Kautsky defendió el programa original socialdemócrata, incluyendo la necesidad de la lucha por la conquista del poder para la clase trabajadora¹.

Posteriormente Kautsky tuvo una destacada intervención en las polémicas que surgieron alrededor de la primera Revolución Rusa (1905), en particular, en un rico debate sobre la aplicabilidad al proceso revolucionario de la categoría de Revolución Permanente, acuñada por Marx en el siglo anterior (Day y Gaido, 2009). Lo que estaba en discusión era el carácter de la revolución rusa, fundamentalmente si sería una revolución burguesa clásica (al estilo de las revoluciones europeas del siglo XIX), donde las tareas fundamentales a cumplir tenían que ver con la transición a una república democrática capitalista y la reforma agraria, o si las particularidades de la situación rusa y el peso político de su clase trabajadora podían abrir otras posibilidades de desarrollo. Kautsky defendió, aunque con un lenguaje cauteloso, la idea de que la revolución rusa en curso en 1905 no podía interpretarse mecánicamente como una revolución burguesa que debía desembocar en el dominio político de las fuerzas liberales:

“Deberíamos probablemente ser justos con la Revolución rusa y las tareas que nos plantea si no la viéramos como una revolución burguesa en el sentido tradicional ni como una socialista, sino como un proceso bastante único que está teniendo lugar en las fronteras entre la sociedad burguesa y la socialista, que requiere de la disolución de una [de ellas] mientras prepara la creación de la otra”. (Gaido y Ávila, 2015: 282)

Kautsky incluso creía posible que, al estimular la lucha revolucionaria en Alemania, la Revolución Rusa pudiera acortar algunas etapas de desarrollo del país y crear algunas instituciones socialistas. Si la Revolución Rusa condujera a una revolución en Alemania, esto:



“Tendrá inevitablemente un efecto poderoso sobre toda Europa y traerá con él la supremacía política del proletariado europeo, creando de este modo para el proletariado de Europa del Este la posibilidad de abreviar las etapas de su propio desarrollo e, imitando el ejemplo alemán, *de crear artificialmente instituciones socialistas*. Una sociedad no puede, como un todo, saltar las diferentes etapas de su desarrollo, pero esto puede ser hecho por sus elementos particulares, que pueden acelerar su propio desarrollo atrasado imitando a los países avanzados [...] Esto *podría* ocurrir [...] pero, como ya hemos dicho, aquí abandonamos los dominios de la *inevitabilidad* y entramos a los de la *posibilidad*”. (Kautsky, 1904: 219)

Estas posiciones de Kautsky resultan de interés para compararlas con su posición en torno a las revoluciones rusas de 1917, 12 años después, donde revisaría por completo las expresadas en 1904-1905.

En 1907, Kautsky cumplió un rol fundamental en la polémica del Congreso de Stuttgart de la II Internacional, donde polemizó contra una resolución escrita por el holandés Van Kol, apoyada por la mayor parte de la delegación alemana, que planteaba la necesidad de que los socialistas defendiesen una “política colonial positiva” y que las colonias permanecieran atadas a sus metrópolis incluso durante un régimen socialista (Internationaler Sozialisten-Kongress zu Stuttgart, 1907: 27-29). Kautsky logró que la mayoría del Congreso adoptara una resolución contraria a cualquier tipo de política colonial (Day y Gaido, 2012) y escribió posteriormente un opúsculo donde desarrollaba extensamente esta polémica, defendía las raíces estrictamente capitalistas de la colonización y proponía una política de simpatía por la independencia de las colonias (aunque con pocas expectativas de que se realizara rápidamente), de oposición al imperialismo y la guerra, y de apoyo a las reformas que mejorasen la situación de los pueblos colonizados (Kautsky, 1907).

Entre 1909 y 1910, se produjeron algunos hechos que llevaron a una evolución política de Kautsky, que generan distintas interpretaciones. En 1909 publicó *El camino hacia el poder* (Kautsky, 1909), donde atacó la idea de acudir a coaliciones con los partidos burgueses y el voto de los presupuestos estatales (que los socialistas tradicionalmente rechazaban como forma de simbolizar su falta de compromiso con la gestión del Estado alemán). Estas ideas lo enfrentaban con los sectores más moderados de la socialdemocracia, particularmente los revisionistas y la dirección del partido, al punto tal que ésta quiso prohibir una segunda edición por considerarlo demasiado radical (Stenson, 1980).

A esta tensión con sectores moderados de su partido, le sucedió una ruptura con un sector de izquierda marxista en 1910. Una lucha de masas se estaba



desarrollando en ese momento sobre la demanda de sufragio universal masculino e igualitario en Prusia (donde existía un sistema de votación censitario: la población tenía un peso electoral diferencial de acuerdo a una división en tres clases económicas de votantes, sistema que claramente perjudicaba a un partido basado en la clase trabajadora como la socialdemocracia). Rosa Luxemburg argumentó la necesidad de emplear la huelga general política de masas para lograr esa demanda. Kautsky argumentó en contra de la acción directa y en favor de una “estrategia de desgaste”. Según Kautsky, la socialdemocracia debería concentrarse en ganar las próximas elecciones del Reichstag y rehuir enfrentamientos decisivos con la clase dominante hasta estar segura de tener a la mayoría de la población. Kautsky calificó su posición de centrista, opuesta tanto a la “impaciencia de estadista” de los revisionistas como a la “impaciencia rebelde” de la izquierda (Schorske, 1955). Si bien autores como Steenson (1980) relativizan esta ruptura, por considerar que su postura en 1910 representaba más una continuidad que una ruptura con su posición de 1905, que el autor interpreta como una combinación de radicalismo verbal con una renuencia al uso práctico de la huelga de masas, el hecho de que Kautsky pasara a autodefinirse desde 1910 como parte de una fracción de centro, intermedia entre los revisionistas y la izquierda, prueba la importancia de este debate para su posicionamiento político. En los años siguientes, si bien Kautsky polemizó también con los revisionistas, cada vez tuvo más diferencias con los sectores de izquierda en relación al imperialismo y los medios para enfrentarlo (Day y Gaido, 2012). Otros intelectuales que pasaron a identificarse con esta postura de centro provenían del grupo de los austro-marxistas, entre los cuales se encontraban importantes teóricos como Otto Bauer y Rudolf Hilferding.

2. De la Guerra a la Revolución (1914-1917). La guerra puso a prueba el compromiso de la socialdemocracia alemana con una política antiimperialista y opuesta a la guerra. En su mayoría, los partidos socialdemócratas terminaron apoyando el ingreso de sus gobiernos en la guerra imperialista. Alemania no fue la excepción: la delegación parlamentaria socialdemócrata decidió por 78 votos contra 14 el voto a favor del presupuesto de guerra; todos en la delegación aceptaron la disciplina tradicional del partido, que implicaba votar con la posición de la mayoría a pesar de estar en desacuerdo (Broué, 2005). Esto implicó la aceptación por parte del partido de la política militar y del Estado de sitio impuesto por el gobierno alemán.

En un escrito publicado poco después del estallido de la guerra, Kautsky



explicó en nuevos términos su teoría sobre el desarrollo del imperialismo moderno, usando el concepto de “ultra-imperialismo”. Kautsky pronosticó que la guerra, si bien podía exacerbar y acelerar las tendencias imperialistas en un primer momento, devendría posteriormente en la extensión de la cartelización internacional al plano de la política exterior: “el resultado de la guerra mundial entre las grandes potencias imperialistas puede ser una federación de los más fuertes, que renuncien a su carrera armamentista” (Kautsky, 1914: 773).

En un panfleto posterior, titulado *Internacionalidad y Guerra*, Kautsky (1915) discutió los efectos de la situación causada por la Guerra Mundial hacia la Internacional. En su opinión, el estallido de la guerra, lejos de implicar la bancarrota de la organización, había de hecho verificado su planteo. Analizando esta posición, Gronow expresa:

“La posición de Kautsky en relación con la estrategia de la Internacional fue muy característica. Por un lado, la política de la Internacional era de hecho correcta incluso desde antes de la guerra, y había sido probada como correcta incluso durante la guerra. Por otra parte, la Internacional no pudo desempeñar ningún rol activo en oposición a la guerra una vez que la misma había sido declarada. La Internacional era básicamente un instrumento de paz, no apto para la guerra. La posición de Kautsky era por tanto paradójica: la Internacional tenía la teoría y estrategia correctas que, sin embargo, se probaron como totalmente inefectivas”. (Gronow, 2016: 177)

Este juicio sobre la política de la Internacional sería un factor de separación irreconciliable con la izquierda de Zimmerwald y las posturas de Lenin.

En diciembre de 1914, Karl Liebknecht rompió por primera vez la ilusión del consenso dentro de los socialistas alemanes votando en contra de los créditos en oposición al resto de la fracción parlamentaria del partido. El Ejecutivo del partido (SPD), ante este desafío, permitió en febrero de 1915 que quienes no estuvieran de acuerdo con la decisión de la fracción pudieran salir de la sala y abstenerse de votar, buscando dar lugar a una “oposición leal” dentro del partido que aislara al ala radical de Liebknecht, Luxemburg y sus simpatizantes (Broué, 2005). Kautsky sería uno de los animadores principales de esta oposición leal. En junio, esta fracción se encontró con que el Ejecutivo del SPD terminó apoyando explícitamente los objetivos anexionistas del gobierno alemán. Ante esto, la oposición leal publicó un documento firmado por Kautsky, Bernstein y Haase llamado “Las tareas del momento” en *Leipziger Volkszeitung*. Este documento, sin criticar la postura del partido al momento de votar los primeros créditos de guerra, en agosto de 1914, sostenía que había llegado el momento de plantear el programa de una paz sin anexiones. El periódico



fue cerrado por el gobierno y, después de un voto en contra de la extensión del Estado de sitio por parte de Haase y otros 33 parlamentarios del centro y la izquierda del SPD, la dirección del partido terminó expulsándolos a todos el 24 de mayo de 1916. Estos diputados, después de una larga lucha interna, terminaron creando el Socialdemócrata Independiente (USPD), fundado en la Pascua de 1917 (Broué, 2005).

Así, durante la guerra, la posición política de Kautsky se volvió altamente incómoda. Si estuvo, en un primer momento, a favor de aceptar la disciplina partidaria en la cuestión del voto a favor de los créditos de guerra (lo que le valió acusaciones de miembros de la izquierda de la socialdemocracia, incluyendo Lenin), y luego dio el paso a la tibia oposición leal, su defensa del eslogan de “paz sin anexiones”, que la dirección del SPD abandonó en el curso de la guerra, lo enfrentaba con la dirección del partido. Así, fue la propia dirección del SPD la que lo removió en 1917 de su puesto de editor de la principal revista teórica del partido, *Die Neue Zeit*, que había dirigido desde su fundación (Blackledge, 2006). Estas circunstancias muestran que Kautsky fue altamente renuente a la ruptura del partido, y sólo se pasó al USPD cuando no tuvo alternativa.

3. *La Revolución Rusa*. Kautsky expresó tardíamente su opinión sobre la situación del régimen surgido con la revolución de febrero, en un artículo publicado finalmente alrededor del momento de la toma del poder por parte de los bolcheviques, donde relacionaba su situación con el futuro de la guerra y la Internacional.

“La revolución en Rusia está pasando por las diversas etapas por las que debe pasar toda revolución. La etapa gloriosa, más esperanzadora y más exaltada es la primera, cuando el poder que ha amenazado con aplastar y ahogar todo es barrido a un lado. El pueblo inspira el primer aliento profundo de la libertad, y mira hacia adelante, hacia el camino abierto que conduce al progreso y a la felicidad. Nunca, en todas las revoluciones del pasado, esta primera etapa ha sido obra de una sola clase”. (Kautsky, 1917a: s-p. Traducción de Manuel Quiroga.)

El gobierno de coalición, surgido de la alianza de los mencheviques y socialrevolucionarios con distintos partidos de la burguesía, era una necesidad histórica, pero necesariamente era un régimen transitorio que no podía ser extendido ni acortado artificialmente. Asimismo, entendía que este período de guerra llevaba a diferencias tácticas entre partidos que representaban a la misma clase. En su opinión, “una revolución burguesa ya no es necesaria incluso en Rusia”, dado que gran parte de la población gozaba de “prácticamente todos los derechos jurídicos y económicos que necesitaban”; a su vez, el proletariado era demasiado débil para conducir el



proceso al socialismo (Kautsky, 1917a: s-p).

El carácter de la Revolución Rusa era, por tanto, principalmente político, de democratización. Kautsky advertía, sin embargo, las dificultades que generaba un estado de guerra para el avance de la democracia. Así, en una analogía con la Revolución Francesa, consideraba que “el reino del terror, generalmente considerado como un producto de la revolución, fue, de hecho, producto de la guerra”. Así, la Revolución Rusa se encontraba entre “Escila y Caribdis”, en la medida en que una paz temprana era absolutamente necesaria para el avance de la Revolución, pero si demandara un precio demasiado severo podría desacreditar su método, aludiendo en forma velada a las diferencias entre bolcheviques y mencheviques (Kautsky, 1917a).

Luego de la toma del poder por parte de los bolcheviques, se generó un debate entre los socialistas alemanes sobre el significado y el carácter de la Revolución. Antes de la disolución de la Asamblea Constituyente, en el SPD, la actitud inicial hacia la Revolución fue cauta y con cierta simpatía, que devenía más de la esperanza de que la victoria de los bolcheviques permitiera una rápida paz en el frente oriental que a una valoración positiva de la toma del poder en sí. En cuanto al carácter de la Revolución, en general se ponía en duda su carácter socialista, pero incluso apareció en la prensa del SPD un artículo (del revisionista Ludwig Quessel) que destacaba cómo la Revolución Rusa llevaba en su carácter una oposición a la propiedad privada, al tiempo que criticaba su tendencia “dictatorial”. En el USPD, la reacción ante la toma del poder fue mucho más heterogénea, derivada probablemente del temor de parte del ala derecha del partido de que este evento radicalizara e hiciera crecer la influencia de su ala izquierda y, dentro de ella, a la Liga Espartaco, tendencia marxista radical dirigida por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. El órgano del partido alternó artículos favorables con otros altamente desfavorables desde el inicio (Waldenberg, 1980).

La reacción de Kautsky fue altamente hostil desde el principio, lo que se expresó en un artículo titulado *El Levantamiento de los Bolcheviques* (Kautsky, 1917b).

Kautsky destacó que la paradoja de la Revolución Rusa era que existía una notable contradicción entre su carácter, que de acuerdo a la estructura del país sólo podía ser burguesa, con el estado de conciencia avanzado de su clase trabajadora, que se encontraba en oposición irreconciliable con la burguesía². Así, las diferencias tácticas entre las alas de la socialdemocracia se ubicaban en torno a distintas vías para la resolución de esta contradicción:



“Un ala, la de los mencheviques, trató de circunscribir el poder absoluto de la burguesía a través de un gabinete de coalición; la otra ala, de los bolcheviques [...] apuntaba al mismo objetivo a través de una dictadura del proletariado, que, por cierto, tenía que lograr apoyo también del elemento revolucionario del campesinado [...] El razonamiento bolchevique era el más simple, y aquel que se correspondía más cercanamente con la posición del proletariado como clase. Pero este razonamiento era también el que amenazaba con agravar hasta el extremo los antagonismos entre los altos propósitos del proletariado y el bajo estadio de desarrollo del país”. (Kautsky, 1917b: s-p. Traducción de Manuel Quiroga.)

En las condiciones de Rusia, la vía bolchevique era, desde el punto de vista de Kautsky, altamente peligrosa porque un régimen proletario implicaba la inhibición del modo de producción capitalista cuando las condiciones económicas no permitían el desarrollo del socialismo. A su vez, el proletariado ruso no estaba lo suficientemente desarrollado como para hacerse cargo del aparato estatal. Por lo tanto, el riesgo era que la toma del poder llevara “a la disolución política y social del país, al caos” (Kautsky, 1917b: s-p).

De manera interesante, desde un primer momento, esta opinión tajante en contra de los bolcheviques no fue compartida del todo ni siquiera por dos viejos colegas suyos del Centro marxista como Otto Bauer y Rudolf Hilferding. En una carta a Kautsky, de enero de 1918, Bauer, que simpatizaba con los mencheviques de izquierda (el grupo de Martov), expresaba el estupor por la dureza de algunos de los ataques que recibían los bolcheviques, que en su opinión “no podrían haber actuado de otro modo”. A su vez, planteaba que los ataques de los mencheviques al “comportamiento dictatorial” de los bolcheviques por la represión que sufrían eran simplemente “infantiles”, recordando cómo el gobierno de coalición (integrado por el menchevique Tseretelli) había reprimido a los bolcheviques y cerrado sus diarios durante las jornadas de julio de 1917. Bauer pensaba que la toma del poder tuvo que realizarse en forma de insurrección principalmente debido al comportamiento de los mencheviques. Hilferding, por su parte, en una carta a Kautsky, donde decía compartir lo central del artículo que hemos reseñado, terminaba agregando que “contra cualquier buen sentido, su corazón estaba, empero, de parte de los bolcheviques” (Waldenberg, 1980: 794-795).

4. La dictadura del proletariado. La disolución por parte de los bolcheviques de la Asamblea Constituyente constituyó un punto de inflexión en la interpretación de los socialistas alemanes del bolchevismo. Los temas más comunes que se desarrollaron en los múltiples artículos de la prensa del SPD fueron tres: que Rusia no estaba suficientemente desarrollada para dar el salto hacia el socialismo; que para



mantenerse en el poder los bolcheviques usaban métodos similares a los del zarismo; y que con su experimento de resultados anárquicos terminaban desacreditando al socialismo (Waldenberg, 1980). Mientras tanto, en el USPD se desarrollaba una diferenciación creciente, entre sectores que se identificaban cada vez más con la Revolución Rusa —los espartaquistas y otros miembros de su ala izquierda— y sectores que se acercaban cada vez más a la lectura dominante en el SPD, como Kautsky.

El trabajo que más reflejó esta lectura se llamó *La dictadura del proletariado*, donde Kautsky analizaba las diferencias dentro del movimiento socialista ruso, la oposición entre los métodos de la democracia y la dictadura (Kautsky, 1918). Impugnaba la idea de que pudiera considerarse a la democracia simplemente como un medio y al socialismo simplemente como un fin, puesto que el socialismo implicaba no sólo el control social de la producción sino también la organización democrática de la sociedad (Kautsky, 1918). Hacía un análisis optimista de la posibilidad de llegar a una transformación socialista a partir de una vía parlamentaria:

“[...] si el proletariado en un Estado democrático crece hasta que es numeroso y lo suficientemente fuerte como para conquistar el poder político haciendo uso de las libertades que existen, entonces sería una tarea de gran dificultad para la dictadura capitalista el hecho de manipular la fuerza necesaria para la supresión de la democracia”. (Kautsky, 1918: 9. Traducción de Manuel Quiroga.)

Creía que si algunas secciones de la clase capitalista, ante la fortaleza del socialismo, tendían a buscar soluciones represivas, en otras secciones el crecimiento del socialismo generaba respeto y las empujaba a hacer concesiones a la clase obrera (Kautsky, 1918).

Entre las condiciones a cumplir para hacer realizable el socialismo, se incluían no sólo la voluntad de realizar el socialismo, el crecimiento y la concentración de la clase trabajadora que devenían del desarrollo industrial, sino también la capacidad de hacerse del poder y usarlo adecuadamente (Kautsky, 1918). Este aspecto era algo difícil de evaluar objetivamente y sin ponerlo a prueba, y Kautsky planteaba que “es equivocado, como tan comúnmente sucede discutiendo esta cuestión, poner los prerequisites materiales del socialismo demasiado en un primer plano” (Kautsky, 1918: 22). Así, introducía el problema de los requisitos subjetivos para la realización del socialismo, lo cual matizaba el aspecto más mecánico de su análisis. La democracia servía no sólo para que el proletariado madurase, sino como el indicador de la maduración de la fuerza de las distintas clases (Kautsky, 1918).



La lucha en condiciones democráticas generaba la vigencia de métodos de lucha tales como el parlamento, las huelgas, las manifestaciones y la prensa, que retenían su validez en relación a la vigencia de las condiciones democráticas y generaban condiciones para organizaciones y luchas masivas. Donde no hay derechos democráticos (por ejemplo, en Rusia), sólo puñados de luchadores decididos se oponen al gobierno, los cuales pueden enfocarse en estas condiciones en una mirada más general del conjunto de relaciones políticas y sociales (Kautsky, 1918).

Mientras tanto, en condiciones democráticas, el tiempo del proletariado tiende a ocuparse en detalles y trabajo organizativo menor que suelen fomentar cierta ignorancia de, o desprecio por, la teoría. Así, si Marx y Engels en su época elogiaban el temperamento teórico de la clase obrera alemana, en el presente hubiesen elogiado a la clase obrera rusa y su mentalidad teóricamente desarrollada (Kautsky, 1918).

Por otro lado, y yendo al centro del concepto de dictadura del proletariado, Kautsky planteaba que:

“Una clase puede ser dominante, pero no gobernar, porque una clase es una masa informe [...] sólo una organización puede gobernar. Son los partidos políticos los que gobiernan en una democracia. Sin embargo, un partido no es sinónimo de una clase, aunque puede [...] representar un interés de clase. El mismo interés de clase puede representarse en diferentes formas, mediante diversos métodos tácticos”. (Kautsky, 1918: 23-24. Traducción de Manuel Quiroga.)

Aquí, al confrontar con las numerosas observaciones de Marx que planteaban la necesidad de un estadio intermedio de dictadura del proletariado en la transición al socialismo, pasó a argumentar que Marx no se refería a “una forma de gobierno”, sino a una “condición” que debe emerger allí donde el proletariado tiene el poder. Esta condición no estaba opuesta al sufragio universal, sino que estaba fundado en él. Prueba de esto era tanto la experiencia de la Comuna de París como el hecho de que Marx hubiese planteado la posibilidad de una transición pacífica al socialismo en Inglaterra y Estados Unidos, donde el régimen de gobierno era más democrático (Kautsky, 1918). La dictadura del proletariado como forma de gobierno sólo puede ser dictadura de una organización que implica a su vez “una dictadura de una parte del proletariado sobre la otra” (Kautsky, 1918).

Kautsky emitía, empero, esta opinión sin ningún planteo en relación a qué hacer con la contrarrevolución en Rusia, y también sin un examen en detalle de la actitud de los distintos partidos rusos que se reclamaban socialistas en relación a la toma del poder. Su confianza creciente en la vía parlamentaria lo hacía defender un



programa de democratización que sólo podría haber sido encarado por el gobierno de coalición, al cual él mismo había considerado inherentemente contradictorio e inestable. Por lo tanto, sus posiciones sobre Rusia entraban en contradicciones difíciles de responder en este punto.

Kautsky también polemizaba con lo que consideraba una imitación de las revoluciones burguesas por parte de cierta sección de los socialistas, basada en sostener que el terror y la violencia que habían acompañado a aquellas era una parte necesaria de toda revolución. Mientras que opinaba que el desarrollo de la democracia permitía que la toma del poder por parte del proletariado no tuviera las características violentas de las revoluciones burguesas (Kautsky, 1918).

En la medida que una dictadura sólo puede mantenerse contra la voluntad de las mayorías, sólo puede derivar en dos métodos de gobierno: el jesuitismo, refiriéndose al sistema de gobierno de los jesuitas en Paraguay, una organización racional de la producción en manos de los “sabios”; o el bonapartismo, refiriéndose al gobierno mediante una burocracia altamente centralizada. El primer método es inviable cuando el proletariado no conquista la mayoría, porque la capa de los intelectuales tiende a compartir mayoritariamente la desconfianza hacia los socialistas cuando este sentimiento es mayoritario. Por otro lado, el bonapartismo y la “organización estatal de la producción por parte de una burocracia” no implicaba el triunfo del socialismo, entendido como “autogobierno económico de la entera masa del pueblo”. Por tanto, el resultado inevitable de este régimen dictatorial es la guerra civil para dirimir antagonismos sociales y políticos. En el marco de la guerra civil es imposible, en opinión de Kautsky, encarar una construcción efectiva del socialismo (Kautsky, 1918). Por otro lado, refutaba la idea de que la guerra civil fuera una condición necesaria de la revolución, y el hecho de que la Revolución Rusa se desarrollara en el marco de la guerra civil sólo probaba “cuán cerca permanece [Rusia] del estadio de la revolución burguesa” (Kautsky, 1918: 55).

Por último, si se tomaban de las revoluciones burguesas las leyes para prever la evolución del proceso, planteando que la Revolución debía ser sinónimo de la dictadura y la guerra, también se debía aceptar como su consecuencia inevitable su culminación necesaria en el gobierno “de un Cromwell o un Napoleón”, es decir, en una dictadura personal (Kautsky, 1918).

En relación a esto, Kautsky negaba que el sistema soviético fuera una forma superior de democracia que facilitara la transición al socialismo. Señalaba, en primer lugar, la contradicción de que los bolcheviques hubiesen tomado el poder esperando



una futura Asamblea Constituyente; sólo después de haberla disuelto por no tener mayoría, se lanzó la teoría de que los *Soviets* implicaban una forma superior de democracia (Kautsky, 1918). Kautsky identificaba al sistema soviético, en tanto forma de gobierno, con la restricción del derecho al voto, excluyendo a las clases explotadoras, lo cual era innecesario si estas eran una pequeña minoría; mientras que si había una mayoría de la población que pudiera defender en parte al capitalismo, no tenía sentido reducirla al silencio porque buscaría medios ilegales para expresarse (Kautsky, 1918). La dificultad en definir con precisión quién constituye un proletario, implicaba un marco de arbitrariedad que había sido usada para limpiar los *Soviets* de oposición (Kautsky, 1918).

Por último, Kautsky reprochaba a los bolcheviques haber transformado una serie de circunstancias especiales en “una nueva teoría”:

“no es concebible por qué nuestros camaradas bolcheviques no explican sus medidas sobre la base de la situación peculiar en Rusia y las justifican a la luz de la presión de las circunstancias especiales que, según sus nociones, no dejaban más opciones que la dictadura o la abdicación. Fueron más allá de esto al formular una teoría bastante nueva, en función de la cual basaron sus medidas, y para la cual reclamaron una aplicación universal”. (Kautsky, 1918: 139-140. Traducción de Manuel Quiroga.)

En opinión de Kautsky, si bien los bolcheviques eran marxistas y tenían el mérito de haber impulsado el interés de grandes secciones proletarias en el marxismo, su dictadura implicaba una contradicción “a la enseñanza marxista de que ningún pueblo puede superar los obstáculos ofrecidos por las sucesivas fases de su desarrollo por un salto, o mediante un decreto legal” (Kautsky, 1918: 140). Así, la dictadura parecía ser concebida cada vez más no como un estadio transitorio sino como una condición de larga duración (Kautsky, 1918).

Es probable que este trabajo contenga los puntos centrales que los medios socialistas reformistas adoptaron, en aquellos años, para rechazar la Revolución Rusa.

5. Lecciones de la Revolución Rusa para la revolución alemana. La participación de Kautsky en las polémicas sobre la Revolución Rusa no tenía por objetivo sólo intervenir en un debate extranjero, sino dar también el debate análogo sobre las tareas de los socialistas en el proceso revolucionario alemán. La revolución alemana empezó con el levantamiento de los marineros de la guarnición de Kiel y el poder pronto pasó a un gobierno presidido por el SPD, que incluyó también a miembros del USPD. Un movimiento de consejos de obreros y soldados, similar al de los *Soviets* rusos, se



organizó a lo largo de Alemania, volviendo de gran actualidad las discusiones que Kautsky venía dando.

Kautsky intervino en el debate sobre el rumbo de la revolución alemana analizando las posiciones sobre la futura forma del Estado: quienes abogaban por un sistema de consejos (fundamentalmente los espartaquistas y otros miembros de izquierda del USPD) y quienes defendían la primacía de la constituyente. El debate se dividía entre quienes pensaban a través de categorías económicas y entendían las necesidades históricas que planteaba la producción, y los adeptos de “una extraña variedad de marxismo [...] que podemos llamar tártara”, que creían poder ignorar las necesidades económicas. Se distinguió en el seno del USPD por reclamar la rápida realización de la Asamblea Constituyente, porque la reforma del aparato estatal y la democratización debía preceder a la transformación socialista del aparato productivo. Así se colocó en la extrema derecha del USPD, distinguiéndose incluso de otros miembros del ala derecha del partido que reclamaban al gobierno provisional el avance en la socialización antes de la convocatoria de la asamblea; entre ellos, estaban Breitscheid y Hilferding (Waldenberg, 1980). Esta es otra muestra de cómo en el pensamiento de Kautsky tomaba una prioridad cada vez más absoluta la democracia en sí misma.

En enero de 1919, ocurrió la revuelta espartaquista, una insurrección fallida organizada desde una sección del movimiento consejista y la organización espartaquista, que fue ahogada en sangre por el miembro del SPD, Gustav Noske, con el apoyo evidente del viejo ejército y la burguesía. Soldados bajo el mando de Noske serían responsables del asesinato de sus ex compañeros de partido: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Kautsky intentó cumplir un rol mediador sin éxito, y se vio forzado a admitir como algo real el peligro contrarrevolucionario (Waldenberg, 1980).

En el medio de esta situación, Kautsky aprovechó para plantear las vías que veía para el avance de la revolución alemana (Kautsky, 1919a). Citando una famosa frase de Marx —“Digo que el próximo intento de la Revolución Francesa ya no implicará, como antes, transferir la maquinaria burocrático-militar de una mano a la otra, sino aplastarla, y esto es esencial para cualquier revolución real del pueblo en el continente”—, Kautsky evaluaba sus implicancias para la revolución alemana. En su opinión, esta tarea implicaba “la disolución más rápida del ejército permanente y la abolición completa de la posición dominante hasta ahora asumida por el cuerpo de oficiales tanto en el ejército como en el Estado”. Planteaba la vieja demanda socialista



de sustituir el ejército por una milicia y “quebrar” el poder de la burocracia centralizada subordinándola a una Asamblea Nacional elegida por sufragio universal y extendiendo el autogobierno local y provincial. En este documento también hace algunas propuestas concretas de socialización: la nacionalización de la tierra puede realizarse sin interrumpir la producción, transformando a quienes la trabajan en arrendatarios con compensación (exceptuando a las propiedades feudales); y en cuanto a la industria, plantea una nacionalización gradual de ramas enteras (Kautsky, 1919a). Así, la propuesta de “aplastar el Estado” se reducía a sustituir el ejército por la milicia, “subordinar” a la burocracia y transferir más competencias de autogobierno a las localidades, a la vez que se empezaba un proceso de socialización lento y gradual.

6. *Terrorismo y comunismo*. La elección para la Asamblea Constituyente en Alemania cerró una primera etapa del proceso revolucionario. El SPD formó un nuevo gobierno que incluía partidos no obreros, como el Partido del Centro y el Democrático, y excluía al USPD. En este marco, se realizó una conferencia para la reconstrucción de la II Internacional —donde participó una delegación del USPD, de la cual Kautsky formó parte— que aprobó una resolución que ponía en guardia contra los “métodos dictatoriales” y llamaba a resguardar la democracia, en una obvia diferenciación con la política bolchevique. Este conjunto de acontecimientos condujo a una creciente frustración de gran parte del USPD con esta política antibolchevique y favorable al SPD. El Congreso del USPD de marzo de 1919 aprobó una declaración que planteaba que el SPD había renovado un pacto con la burguesía y traicionado los intereses del proletariado. Pero Kautsky no siguió al partido en su evolución a la izquierda: en un artículo, explicó el reforzamiento de la burguesía por la falta de unidad entre los socialistas y el culto a la violencia, actitud extendida tanto en la Liga Espartaco como en su antípoda, Noske. Kautsky planteaba la necesidad de unir el SPD y el USPD; aunque no ocultaba ya que la unidad con los comunistas le parecía imposible, mientras que la unidad con Noske era sólo “difícil”. La falta de unidad había determinado que parte del centro marxista estuviera en el USPD y otra parte en el SPD, dificultándole la posibilidad de constituirse en mayoría en el conjunto del movimiento socialista (Waldenberg, 1980).

En este contexto, Kautsky continuó su lucha contra el bolchevismo con *Terrorismo y comunismo* (Kautsky, 1919b), donde comparaba al régimen bolchevique con el de la Comuna de París. Kautsky se esforzaba por darle un enfoque centrista a su obra, lamentándose de cómo tanto en Rusia como en Alemania había socialistas en



el gobierno asesinando a otros socialistas (Kautsky, 1919b).

Comparando a la Comuna con el gobierno soviético en Rusia, elogiaba a la primera por haberse basado en el sufragio universal, por haber tenido pocos actos de violencia y terrorismo en su seno, y por haberse formado como un gobierno de todas las tendencias socialistas (Kautsky, 1919b).

La obra de Kautsky incluía una larga y detallada condena de la represión aplicada por los bolcheviques; si bien mencionaba a la pasada la represión de los blancos, consideraba que no podían igualarse, puesto que al cometer masacres los blancos no hacían más que seguir sus propios principios, mientras que los bolcheviques entraban en contradicción con los suyos. Interpretaba que los resultados del gobierno bolchevique habían llevado a una fusión de la “burocracia estatal y capitalista” en un único sistema (Kautsky, 1919b). A su vez, planteaba que los bolcheviques eran responsables de la guerra civil, y que esto había llevado a la abolición de los Consejos de Soldados y a la reducción de los Consejos de Trabajadoras a “meras sombras” sin lugar para ningún tipo de oposición (Kautsky, 1919b). Por último, discutía la tesis de que la revolución pudiera impedir el colapso económico del gobierno bolchevique, en medio de la guerra civil. En este sentido, la tarea de los socialistas era “cuidar que la catástrofe moral resultante de un método particular de socialismo no conduzca a la catástrofe del socialismo en general” (Kautsky, 1919b: 207).

Señalando lo que percibía como las contradicciones de los bolcheviques, que habían primero abolido y luego reintroducido el trabajo a destajo; que habían primero intentado dejar sin representación a los campesinos propietarios para luego otorgárselas; y comentando los primeros esbozos en notas de prensa del gobierno soviético que mostraban una apertura a posibles inversiones extranjeras, concluía:

“han renunciado a su programa comunista, ya que su realización se demorará por un largo tiempo [...] Ahora sólo se trata de si el gobierno de Lenin anunciará de manera velada la quiebra de los métodos bolcheviques, y buscará mantener así su posición; o si un poder contrarrevolucionario derrocará a este gobierno y proclamará su quiebra de una manera muy brutal. Deberíamos preferir la primera forma”. (Kautsky, 1919b: 217)

Finalizaba manifestando la inquietud de que la política bolchevique y el planteo de un gobierno soviético había generado desunión entre los socialistas y “una reacción entre una sección de los socialistas de la derecha contra estas mismas tendencias, que, sin embargo, sobrepasó la marca y provocó inclinaciones hacia los partidos burgueses” (Kautsky, 1919b: 226-227).



Kautsky hacía en estos planteos un esfuerzo por mantener una línea de centro que criticara en igual medida la violencia y los atentados a la “unidad” de los socialistas de derecha y del bolchevismo. Esta postura fue transitoria, dado que su compromiso con la democracia parlamentaria terminó siendo consistente con el desarrollo del ala derecha del USDP. El rechazo del bolchevismo, en un marco donde el ala izquierda se acercaba cada vez más fuertemente a esta corriente, dio lugar a una ruptura. La mayoría del partido se unió con un pequeño grupo de militantes comunistas para formar el Partido Comunista Unificado de Alemania: 400.000 miembros se fueron al nuevo Partido Comunista, mientras 340.000 permanecieron en el USPD, incluyendo a Kautsky, para terminar reunificándose con el SPD en septiembre de 1922 (Broué, 2005). Los trabajos de Kautsky fueron una importante base teórica para impugnar el rumbo favorable al bolchevismo de la mayoría del USPD y justificar eventualmente la reunificación con el SPD, ya volcado totalmente al reformismo parlamentario.

Antonio Gramsci y las revoluciones rusas de 1917

Filósofo, teórico marxista y uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano (PCI) en 1921, Antonio Gramsci (1891-1937) es ampliamente conocido como el escritor de *Cuadernos de la cárcel* —una colección de más de 2.800 páginas de notas sobre una amplia variedad de temas (cultura, historia, economía y política contemporánea)—, escritos entre 1929-35 en varias cárceles del régimen fascista de Benito Mussolini. Sin embargo, las contribuciones políticas de Gramsci comenzaron ya durante la Primera Guerra Mundial, cuando estudiaba Filosofía y Lingüística en la Universidad de Turín, que era el principal centro industrial de Italia y la ciudad con la clase obrera más combativa en todo el país. Ya entonces, sus artículos en la prensa socialista se opusieron no sólo a la guerra sino a la cultura liberal-conservadora, nacionalista y católica italiana (Calabrò, 2016).

1. De febrero a octubre. A principios de 1917, Gramsci trabajaba como periodista en el periódico local de Turín, *Il Grido del Popolo*, y colaboraba con la edición piamontesa de *Avanti!*, la revista oficial del Partido Socialista Italiano (PSI). En los primeros meses después de la revolución de febrero, las noticias sobre los acontecimientos en Rusia eran aún escasas en Italia. Se limitaban en gran parte a la reproducción de artículos de agencias de noticias de Londres y París, algo que creó mucha confusión en la izquierda italiana. Como resultado, como explica Quintin Hoare, Gramsci mismo “no



tenía una idea clara de quiénes eran realmente los bolcheviques o la posición política que representaban” (Hoare, 1977: XIII). A veces, la falta de información llevó a Gramsci a expresar juicios descaradamente contradictorios sobre la revolución y sus principales actores. Por ejemplo, aunque Gramsci expresó su apoyo a Lenin y los bolcheviques relativamente temprano, en un artículo publicado el 29 de septiembre de 1917 en *Il Grido del Popolo*, el marxista italiano define a Chernov como

“el director, el hombre que tiene un programa concreto para realizar, un programa totalmente socialista, que no admite colaboración, un programa que la burguesía no puede aceptar, porque anula el principio de la propiedad privada, porque finalmente abre la revolución, porque abre la puerta, en la historia del mundo, al socialismo colectivista”. (Gramsci, 1974: 127-128. Traducción de Adam Fabry.)

Sin embargo, ya desde la revolución de febrero, el interés y el entusiasmo de Gramsci por los acontecimientos en Rusia eran evidentes. A finales de abril de 1917, escribió su primer artículo sobre la situación en Rusia, titulado “Notas sobre la revolución rusa” y publicado en *Il Grido del Popolo* (Gramsci, 1977). Contrariamente a los periódicos burgueses o los políticos socialistas en Italia o en otras partes en el mundo —quienes enfatizaban los cambios en el poder institucional (la derrota de la autocracia del zar y la formación de una democracia representativa; como por ejemplo Kautsky)—, afirmaba ya entonces que la revolución era “un acto proletario” que eventualmente conduciría al socialismo. Para Gramsci, la Revolución Rusa difería de las revoluciones burguesas a las cuales, basado en la Revolución Francesa de 1789, nominaba como “jacobinismo”. Mientras que el jacobinismo representaba intereses de clase particulares (los de la burguesía francesa), Gramsci sostenía que la rusa promovía intereses “universales”. Aunque el proletariado ruso era pequeño en comparación con el conjunto de la población, Gramsci estaba convencido de que estaba preparado culturalmente para la transición hacia el socialismo, observando, por ejemplo, el conocimiento del proletariado agrícola de las formas tradicionales del “comunismo comunal” (*mir*).

Aunque Gramsci, como mencionamos, carecía de información detallada sobre las políticas internas en la Rusia posrevolucionaria, se alineó relativamente rápido con los bolcheviques. En un artículo del 28 de julio (“Los maximalistas rusos”), declaró su pleno apoyo a Lenin y lo que él llamó las políticas “maximalistas” (Gramsci, 1977). Esto representaba, a su juicio, “la continuidad de la revolución, el ritmo de la revolución y, por lo tanto, la propia revolución”. Para Gramsci los maximalistas eran “la encarnación del socialismo llevado a sus límites”, sin compromisos con el pasado



(representados por políticos burgueses, como Kerensky). En el mismo texto, Gramsci insistió que la Revolución Rusa no podía ser interrumpida si quería trascender la democracia burguesa, una posición cercana a la fórmula de la “revolución permanente” promovida por León Trotsky (Trotsky, 2007 y 2009) y luego aceptada por Vladimir Lenin según lo declarado en su famosa “Tesis de Abril” (Lenin, 1917) . Para Gramsci, el mayor riesgo de cualquier revolución, en particular la rusa, era el desarrollo de una percepción de que el proceso revolucionario llega a un punto de conclusión. Los bolcheviques representaban la fuerza política que se oponía a este punto de cesura y, por esta razón, representaban “el último enlace lógico en este proceso revolucionario” (Gramsci, 1977: 31). En su pensamiento, el proceso revolucionario estaba unido entre sí y propulsado hacia delante en un movimiento en el que los más fuertes y más decididos (los bolcheviques) eran capaces de empujar a los más débiles y confusos.

Mientras Gramsci publicaba artículos apasionados sobre el levantamiento revolucionario en Rusia, en Italia la crisis política se agudizaba. El 22 de agosto, la producción de pan se detuvo en Turín como resultado de una crisis de suministro provocada por la guerra. Como respuesta, los trabajadores empezaron una huelga espontánea en las fábricas de la ciudad. Más tarde, una multitud marchó a través de la ciudad saqueando panaderías y almacenes. Aunque la provisión de pan fue rápidamente restaurada, el movimiento no se detuvo. El control de la ciudad fue transferido al ejército, pero los saqueos continuaron y los manifestantes empezaron a levantar barricadas en las afueras de la ciudad. El ejército decidió reprimir el levantamiento popular violentamente, atacando a los manifestantes con ametralladoras y carros blindados. Al final, la senda de la destrucción ascendió a más de 50 muertos y centenares de heridos, mientras que los líderes socialistas fueron arrestados. A pesar del fracaso del levantamiento de Turín, Gramsci se mantuvo optimista acerca de las perspectivas del socialismo en su país, argumentando en septiembre de 1917 que “el socialismo se ha convertido en la conciencia unitaria del pueblo italiano” (Gramsci, 1982: 350).

2. La toma del poder por parte de los bolcheviques: ¿una revolución contra El Capital de Marx? Los acontecimientos en Turín y la noticia de la toma del poder en Rusia por los bolcheviques animaron al joven Gramsci. En diciembre de 1917, publicó su texto más famoso sobre Rusia, “La revolución contra *El Capital*”, donde declaró: “La revolución de los bolcheviques se ha insertado definitivamente en la revolución general



del pueblo ruso” (Gramsci, 1977: 34). Para Gramsci, el hecho de que una revolución socialista fuera posible en un país económicamente “atrasado” como Rusia, mostraba que tal revolución era también posible en Italia, que también estaba en una posición semiperiférica en la economía mundial (Annunziato, 2011; Buci-Glucksmann, 1978).

Según Gramsci, la revolución bolchevique representaba una derrota teórica decisiva del “economicismo” de la II Internacional, representado por Eduard Bernstein o Karl Kautsky, quienes argumentaban que la realización del socialismo se extendería desde los países más “desarrollados” económicamente hacia los países “atrasados” (en Rusia, esta posición era representado por los mencheviques, quienes sostenían que la realización del socialismo sólo sería posible *después* de una revolución burguesa y la formación de un capitalismo tipo occidental). En “La revolución contra *El Capital*”, Gramsci criticó esta posición, también sostenido por el ala reformista del PSI, argumentando que los bolcheviques eran la antítesis de estos “marxistas”:

“No son marxistas [... en el sentido que...] no han compilado en las obras del Maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, lo que no muere nunca, la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, contaminado en Marx de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento sitúa siempre como máximo factor de historia no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan unos a otros, que se entienden entre sí, que desarrollan a través de estos contactos (civilidad) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, los juzgan y los condicionan a su voluntad, hasta que esta deviene el motor de la economía, plasmadora de la realidad objetiva”. (Gramsci, 1977: 34-35. Traducción de Adam Fabry.)

Según Gramsci, los bolcheviques participaban activamente de la teoría y la práctica marxista. Se negaron a aplicar fórmulas abstractas a las realidades sociales y buscaron entenderlas, incluido (pero no limitado) el ámbito económico, y en la teoría marxista estos entendimientos eran revolucionarios.

Según Gramsci, las predicciones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo, expuestas en el primer tomo de *El Capital*, eran correctas para situaciones de desarrollo “normal”, en las que la formación de una “voluntad colectiva popular” se produce a través de “una extensa serie de experiencias de clase”. Pero la Primera Guerra Mundial aceleró esta temporalidad de una manera impredecible y en tres años el proletariado ruso había experimentado intensamente estas influencias: “La carestía era inminente, el hambre, la muerte por hambre, podía golpear a todos, aniquilar de un golpe a decenas de millones de hombres. Las voluntades se han puesto al unísono, al principio mecánicamente; activa, espiritualmente tras la primera revolución [la revolución de febrero 1917]” (Gramsci, 1977: 35-36).



Esta voluntad colectiva popular fue fomentada por la propaganda socialista, o lo que Gramsci definía como “prédicas socialistas”. La propaganda socialista permitió a la clase trabajadora rusa, en una situación excepcional, “vivir la historia del proletariado, su lucha contra el capitalismo”, en un instante. Los trabajadores rusos reconocieron los esfuerzos de sus ancestros para emanciparse de los “vínculos de servilismo” y rápidamente desarrollaron una “conciencia nueva”, convirtiéndose en testimonios de “un mundo futuro”. Además, Gramsci pensaba que el hecho de que llegaba a esta conciencia en un momento en que el capitalismo internacional estaba plenamente desarrollado en países como Inglaterra y Estados Unidos significaba que el proletariado ruso podía alcanzar rápidamente su madurez económica, “que según Marx es condición del colectivismo” (Gramsci, 1977: 36).

En enero de 1919, con la Guerra Civil en curso en Rusia, escribió en “La poda de la historia” (Gramsci, 1919) que la Revolución de Octubre había triunfado a pesar de “todas las objeciones de la historia”. Para Gramsci, el éxito de la revolución se debió a la política de los bolcheviques, quienes, a través de sus luchas contra el zarismo, “han forjado un carácter de acero, que, viviendo en contacto con todas las formas de la civilización capitalista de Europa, Asia y América, sumergiéndose en las corrientes mundiales de los cambios y de la historia, han adquirido una conciencia de responsabilidad exacta y precisa, fría y cortante como las espadas de los conquistadores de imperios” (Gramsci, 1919: s-p). Mientras que los bolcheviques, para Gramsci, eran “una aristocracia de estadistas como ninguna otra nación posee”, Lenin era “el más grande estadista de la Europa contemporánea”, un líder natural que “logra dominar en su vasto cerebro todas las energías sociales del mundo que pueden ser desencadenadas en beneficio de la revolución; el hombre que tiene en ascuas y derrota a los más refinados y astutos estadistas de la rutina burguesa” (Gramsci, 1919: s-p).

A pesar de la escasa información sobre los acontecimientos en Rusia, Gramsci era consciente de los “formidables enemigos” que se alzaban contra el nuevo Estado socialista. Además del hambre, la desinformación de los medios de comunicación y el bloque comercial, Rusia enfrentaba también la presión militar de estados capitalistas “con medios técnicos superiores”. Dicho esto, Gramsci se mantuvo optimista. Él vio en la Revolución de Octubre y el Estado de los *Soviets* un modelo para la construcción de una “nueva sociedad”. Como escribió en artículo publicado a fines de enero de 1919, el gran logro del proletariado ruso era ofrecer “un primer modelo de representación directa de los productores: los soviéticos. (Gramsci, 1974: 141-142)”. Un modelo de



una nueva sociedad que quería hacerse realidad también en el resto del mundo.

3. *Desde las revoluciones rusas hasta los Cuadernos de la cárcel.* En abril de 1937, 20 años después de la revolución de febrero y luego de una vida dedicada a la actividad política socialista, Gramsci murió tras un largo encarcelamiento bajo la dictadura fascista de Mussolini. En los *Cuadernos de la cárcel*, intentó a desarrollar una teoría del porqué una revolución socialista fue posible en Rusia, pero no en Italia y otros estados de la Europa occidental que eran mucho más desarrollados en términos económicos. Con los años, algunos intelectuales de izquierda han argumentado que Gramsci abandonó la idea de la posibilidad de una revolución socialista en Europa occidental, o que sus *Cuadernos* eran un intento de encontrar “nuevas estrategias” contra el capitalismo a través de luchas políticas más “moderadas” o participando en prolongadas “batallas culturales” contra la ideología burguesa y las instituciones que lo sostienen en la sociedad.

Pero una lectura detallada no muestra tal cambio en su análisis. Según el filósofo marxista Peter Thomas, Gramsci buscó desarrollar ideas y estrategias políticas que permitieran al proletariado desafiar al capitalismo y al sistema de políticas y creencias que lo sostenían. Por lo tanto, los *Cuadernos* representan “un intento de elaborar una teoría política que [...] formaría y guiaría [...] los intentos de las clases populares de despertar de las pesadillas de sus historias y asumir el liderazgo social y político” (Thomas, 2009: 159). En los *Cuadernos*, Gramsci desarrolló sus ideas sobre el Estado, los riesgos de adaptarse a “revoluciones pasivas” como el “americanismo” que se desarrollaba en Estados Unidos en ese momento; y por esta razón, la importancia de promover al marxismo como una visión integral del mundo, o sea una “filosofía de la praxis”. En este sentido, los ideales promovidos por la Revolución de Octubre permanecieron en la actividad política y los escritos de Gramsci hasta su muerte, en abril de 1937.

Conclusión

La evolución teórica de Kautsky y Gramsci son una muestra de las distintas vías abiertas para la *intelligentsia* socialista en esta época. Confrontados al problema de una revolución liderada por el proletariado, en un medio social e internacional donde se abrían extremas dificultades para el avance del proceso revolucionario ruso hacia el socialismo, ambos autores tomaron vías inversas. Kautsky, en contradicción con sus posiciones ante la revolución Rusa de 1905, donde había visto una posibilidad de que



el desarrollo de Rusia hacia el socialismo se acortara como parte de un proceso internacional de lucha de clases y avance revolucionario en Europa, confrontado con la Revolución Rusa realmente existente, tendió a ver sus características violentas y las medidas de excepción tomadas por el Estado como un intento de forzar la historia en un medio que no estaba históricamente maduro, en términos tanto objetivos como subjetivos, para el avance hacia el socialismo. En este marco, Kautsky tendió a fetichizar cada vez más la democracia en sí misma, y a desechar el sistema soviético como sólo una herramienta de lucha sectorial que no podía constituirse en la base de un nuevo sistema político. Así, su posición se conformó como la postura del ala derecha del centro, que tendería a reunificarse con el revisionismo que tanto había combatido en décadas anteriores. Gramsci, por el contrario, tendió a ver desde un primer momento el rol de vanguardia de la clase trabajadora en el proceso. Confrontado con las evaluaciones mecanicistas que sostenían la imposibilidad de que la revolución se desarrollara en un sentido socialista, y bajo una serie de influencias idealistas que circulaban en los medios socialistas italianos, destacó cómo la gesta de los bolcheviques involucraba una interpretación no dogmática del marxismo, donde, a pesar de las dificultades de la situación, habían sido capaces de extraer todos los elementos que apuntaban en un sentido revolucionario y encauzar el proceso, mostrando, a pesar del atraso, la vía hacia una nueva sociedad. Eso implicó para Gramsci la conclusión de que era posible un proceso revolucionario similar en Italia (con sus propias características de atraso) y, al mismo tiempo, condicionaron posteriormente su interpretación del fenómeno de los consejos de fábrica como una nueva forma de democracia, análoga a la de los *Soviets*, que marcaba el camino para una vía de transición hacia el socialismo.

Referencias bibliográficas

- ANNUNZIATO, Frank R. (2011). Gramsci's theory of trade unionism. En Marcus E. Green (ed.), *Rethinking Gramsci*, pp. 112-30. Abingdon: Routledge.
- BLACKLEDGE, Paul. (2006). "Karl Kautsky and Marxist Historiography." *Science & Society*, 70-3, 337-359.
- BROUÉ, Pierre. (2005). *The German Revolution, 1917-1923*. Leiden: Brill.
- BUCI-GLUCKSMANN, Christine. (1978). *Gramsci y el Estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*. México: Siglo XXI.
- CALABRÒ, Carmelo. (2016). "Antonio Gramsci e la Grande Guerra". *Il Pensiero*



Politico: Rivista di Storia delle Idee Politiche e Sociali, 49-2, 156-168.

DAY, Richard B. y GAIDO, Daniel (eds.). (2009). *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*. Leiden - Boston: Brill.

DAY, Richard B. y GAIDO, Daniel (eds.). (2012). *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*. Leiden: Brill.

GAIDO, Daniel y ÁVILA, Paula. (2015). "Fuerzas motrices y perspectivas de la Revolución Rusa, Karl Kautsky, 1906". *Izquierdas*, 24, 246-83.

GRAMSCI, Antonio. (1919). "La poda de la historia". *L'Ordine Nuovo*, 7 de enero. Recuperado en: <https://www.marxists.org/espanol/gramsci/poda.htm> [consulta: 14 de abril de 2018].

GRAMSCI, Antonio. (1974). *Écrits politiques I. 1914-1920*. (Edición de Robert Paris.) Paris: Gallimard.

GRAMSCI, Antonio. (1977). *Selections from Political Writings, 1910-1920*. (Edición de Quintin Hoare.) London: Lawrence & Wishart.

GRAMSCI, Antonio. (1982). *La Città Futura*. (Edición de S. Caprioglio.) Torino: Einaudi.

GRONOW, Jukka. (2016). *On the Formation of Marxism: Karl Kautsky's Theory of Capitalism, the Marxism of the Second International and Karl Marx's Critique of Political Economy*. Leiden - Boston: Brill.

HOARE, Quentin. (1977). Introduction. En Antonio Gramsci, *Selections from Political Writings, 1910-1920*, pp. IX-XVII. London: Lawrence & Wishart.

KAUTSKY, Karl. (1904). Revolutionary Questions. En Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, pp. 187-250. Leiden, Brill, 2012.

KAUTSKY, Karl. (1907). *Sozialismus und Kolonialpolitik. Eine Auseinandersetzung*. Berlin: Vorwärts.

KAUTSKY, Karl. (1909). *The Road to Power*. Chicago: Samuel A. Bloch.

KAUTSKY, Karl. (1914). Imperialism. En Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, pp. 753-774. Leiden, Brill, 2012.

KAUTSKY, Karl. (1915). *Die Internationalität und der Krieg*. Berlin: Buchhandlung Vorwärts.

KAUTSKY, Karl. (1917a). "The Russian Revolution". *The Class Struggle*, 1-4, sin paginación.

Recuperado en: <https://www.marxists.org/archive/kautsky/1917/11/russian.htm> [consulta: 14 de abril de



2018].

KAUTSKY, Karl. (1917b). "The Bolsheviki Rising". *The Class Struggle*, 2-2, sin paginación. Recuperado en:

<https://www.marxists.org/archive/kautsky/1918/03/bolsheviki.htm> [consulta: 14 de abril de 2018].

KAUTSKY, Karl. (1918). *The Dictatorship of the Proletariat*. London: National Labour Press.

KAUTSKY, Karl. (1919a). *Guidelines for a Socialist Action Programme*. Recuperado en: <https://www.marxists.org/archive/kautsky/1919/01/guidelines.html> [consulta: 14 de abril de 2018].

KAUTSKY, Karl. (1919b). *Terrorism and Communism*. London: The National Labour Press.

LENIN, Vladimir I. (1917). "Las tareas del proletariado en la presente revolución (Tesis de Abril)". *Pravda*, 7 de abril. Recuperado en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/abril.htm> [consulta: 14 de abril de 2018].

SCHORSKE, Carl E. (1955). *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*. Harvard: Harvard University Press.

STEENSON, Gary P. (1980). *Karl Kautsky, 1854-1938: Marxism in the classical years*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

THOMAS, Peter. (2009). *The Gramscian Moment*. Leiden: Brill.

TROTSKY, León. (2007). *Historia de la Revolución Rusa*. Madrid: Veintisiete Letras.

TUDOR, Henry y TUDOR, J. (eds.). (1988). *Marxism and Social Democracy: The Revisionist Debate 1896-1898*. Cambridge: Cambridge University Press.

WALDENBERG, Marek. (1980). *Il papa rosso: Karl Kautsky*. Roma: Riuniti.

Documentos

Internationaler Sozialisten-Kongress zu Stuttgart. (1907). 18. bis 24. Berlin: Buchhandlung Vorwärts.

Notas

¹ Los documentos escritos por Kautsky para intervenir en el debate pueden consultarse en Tudor y Tudor (1988).

² La explicación de este punto en Kautsky hace referencia a la contradicción entre el carácter atrasado de la mayor parte del país y el estado avanzado de la industria, así como con la ausencia de tradiciones que inhibieran el desarrollo del marxismo entre la clase obrera rusa. Si



bien no es objeto de este artículo desarrollar este punto, esta parte de la explicación tiene elementos similares a la explicación del desarrollo desigual y combinado que hace Trotsky (2007), con la diferencia de que Kautsky pensaba que esta situación llevaba a los obreros rusos a proponerse objetivos imposibles de cumplir.

Fecha de recepción: 15 de abril de 2018. Fecha de aceptación: 13 de junio de 2018.